

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, correosales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Miércoles 2 de Mayo.

El Eco de Cartagena.

2 de Mayo de 1808.

Las luchas intestinas de nuestros progenitores, las guerras tan inútiles como impolíticas que sostuvieron los que se llamaron hombres eminentes en la gobernacion del Estado, los manejos y disposiciones anti-económicas del Conde de Aranda y del príncipe de la Paz, las intrigas palaciegas de este, sus proyectos ambiciosos é infames tratados con gabinetes extranjeros, el proceso del Escorial y otra multitud de causas tan humillantes como aciagas para la valiente é hidalga nación española, produjeron como no podia menos suceder que el vencedor de Mazingo, que el moderno Alejandro, con arteras mañas y de un modo insidioso y bastarda conducta destacase sus formidables legiones, só preste de arreglar nuestras diferencias para imponernos su voluntad dictatorial y encadenarnos como esclavos al carro de sus triunfos, paseándonos por Europa envilecidos y deshonrados.

La miseria, el hambre y la peste se cernian pavorosas sobre nuestra querida patria; su agricultura industria y comercio parecian tocar los umbrales del sepulcro; la hacienda pública habia desaparecido llevándose en pos de sí nuestro crédito y dejándonos en cambio una deuda de diez mil millones de reales cuyos intereses no podiamos satisfacer; nuestro valiente ejército reducido á muy exiguo número, haraposoy hambriento, se hallaba en la inacción y en la impotencia; así como nuestra escuadra formidable en otros tiempos se veía á la sazón desarmada y pudriéndose fondeada en nuestros paralizados arsenales las hermosas quillas de cuarenta y dos navios y treinta fragatas, restos de las glorias de los tiempos de Churrucá y de bravos, mientras los héroes de Trájar imploraban la caridad pública

ca y permanecian en el destierro los célebres Saavedra, Campomanes y Jovellanos.

Parecerá exagerada la descripción de los últimos años del reinado de Carlos IV, pero es lo cierto que aun es muy pálida si hemos de creer al historiador La Fuente nada sospechoso. Pues bien, Napoleon Bonaparte que ambicionaba á toda costa y sin reparar en los medios apoderarse de nuestra península, ordena á sus generales Dupont, Bessieres y Moncey traspasar el Pirineo y Pamplona, Barcelona, Figueras, S. Sebastian y otras plazas caen en poder de los franceses, unas por la traicion, otras por la alevosía; empero no saciada la sed de conquista que le domina impone á España nuevas humillaciones, cuya justisima negativa ofende su desmedido orgullo é inunda con numerosos ejércitos mandados por Murat ocupando desde nuestras más elevadas montañas hasta el más profundo valle y desde el diminuto caserío hasta la capital mas populosa é importante.

Roto el pacto de Fontainebleau, hechos pedazos sus artículos poraque gran coloso y arrojados á la frente de España no era posible que por más tiempo permaneciese indiferente sufriendo tanta bafa y tanto escarnio, ni que sus nobles y valientes hijos degenerasen desmintiendo los fastos de su historia.

Los tumultos y alborotos de Aranjuez con la caída de Godoy, la abdicacion de Carlos IV y la proclamacion de Fernando VII, fueron los primeros fulgores de nuestra regeneracion social y política en el presente siglo; fulgores que apagados por el proceder maquiavélico del favorito, por el orgullo é insensatas ambiciones de Murat, por la debilidad y candidez de Carlos IV y por la engañosa falacia de perjuros cortesanos dieron como consecuencia necesaria los sucesos de Bayona; la protesta y reivindicacion á la corona de Carlos IV, la renuncia de Fernando VII en su padre, la de este en favor de su hijo, la prision del mismo y su hermano D. Carlos en Valencia bajo la custodia del príncipe de

Benevento, la entrega del cetro español en manos de Napoleon con la abdicacion como príncipe de Asturias y por último la espatriacion á Compiègne de Carlos IV y la familia real, con asombro entero del mundo, y universal reprobacion de toda la Europa.

El 30 de Abril ordena el duque de Berg la salida para Bayona de los infantes D. Antonio y D. Francisco que ocupaban el Alcázar; el pueblo madrileño tiene noticia que los infantes se oponen á los decretos violentos del extranjero y numerosos grupos en ademán hostil rodean el palacio.

El primero de Mayo un rumor vago pero imponente y amenazador, mensajero siempre de las terribles conmociones populares, se estiende por las calles, plazas y barrios bajos de Madrid á donde acuden gruesas patrullas de los pueblos comarcanos; aquella noche un puñado de valientes recorren los puntos más importantes y se aprestan para la defensa de la patria y al amanecer el día 2 el movimiento se generaliza viéndose por todas partes hombres, niños, mujeres y ancianos ocupando las plazas y avenidas de Palacio para oponerse tenazmente á la salida de los príncipes. Un ayudante de Murat se presenta ante aquella masa formidable que se arroja sobre él y rompe los atalajes de los coches preparados para la prision de los infantes D. Antonio y D. Francisco: una patrulla francesa sostiene aquel primer impulso de valor élvico, pero Murat sin intimacion alguna ahiere y carga con su guardia imperial sobre la muchedumbre que casi inerme é irritada mas que despavorida se lanza por todo. Madrid gritando á las armas, á las armas pueblo español, ¡venganza! ¡venganza! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la libertad!

El reto se ha lanzado y España levantándose de la prostracion y abatimiento en que yacia, despierta á sus hijos, los arenga y anima á la pelea para que intrépidos guerreros como los Pelayos, Alfonsos y Guzmanes y dignos émulos de Padilla,

Brabo y Maldonado destrocen con leones enfurecidos entre sus garras al ejército invasor que la envilece y aniquila.

Los habitantes de Madrid sin distincion de clases, ni sexos, ni edades, armados de escopetas, carabinas, palos y de cuantos objetos eran útiles acometen valerosamente á las divisiones francesas que á paso de ataque entran á un mismo tiempo por todas las puertas de la capital de la monarquía: la guarnicion de Madrid compuesta solo de tres mil hombres, permanece á pesar ayto encerrada en sus cuarteles. La lucha es horrorosa, desesperada, el pueblo se dirige al parque en busca de cañones y fusiles, y Daoiz y Velarde secundan el movimiento defendiéndose como héroes y muriendo como valientes llenos de gloria abrazados á su mágica bandera y al lado de sus plazas.

Nuevas divisiones invaden en aquellos momentos las calles y plazas de Madrid, cuyos hijos hacen proezas de valor defendiéndose y atacando á un mismo tiempo en condiciones desventajosas; la guardia imperial, los lanceros, los cosacos y mamelucos bien á la bayoneta bien con la metralla, ya con la espada, ya con la lanza saciaron tanto su rabia y encono que no perdonaron ni al niño inerme, ni al viejo achacoso ni á la mujer débil, porque estas segun los franceses les habian hecho más daño arrojándoles desde las ventanas y balcones cuanto tenían á mano que el pueblo entero batyéndose cuerpo á cuerpo.

Ha terminado tan sangrienta como heroica jornada por la mediacion de la Junta Central, pero un bando draconiano del feroz duque de Berg hace multitud de víctimas que fueron fusilados á pelotones sin formacion de causa en el salin del Prado donde hoy se levanta el magnífico mausoleo que eterniza y hace inmortales los nombres de aquellos mártires por la independencia y la libertad de su patria.

La lucha armada terminada en Madrid, aun cuando continuaba